

LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE TEATROS, por D. Francisco Flores Arenas.—NOVELA RUSA, EL ESPADACHIN, traducido de J. Tourgueneff.—ANUNCIO. GEROGLÍFICO.

REVISTA DE TEATROS.

BALON. *La Torre de Babel.*—PRINCIPAL. *Reaparición de Saffo.*

Repetidas veces hemos dicho que el Balon está en favor, y ciertamente no puede quejarse de sus entradas. Esto se comprende. Hay en la compañía algunos elementos excelentes, y eso basta hasta cierto punto para cubrir el hueco de los que faltan. Por otra parte, allí está consagrado el principio de la novedad; principio fecundísimo para el éxito de las empresas; porque ello es que lo nuevo, por el hecho mismo de serlo, ya es un aliciente. Ello podrá luego no ser bueno ó no parecerlo; pero para juzgarlo, al cabo es menester ir, y tras de ir atender, y tras de atender esperar á otra escena y á otro acto para ver si corroboran ó desmienten el juicio que hemos empezado á formar; y como en todas estas operaciones del entendimiento hay algo de goce, ó cuando menos de distracción, resulta que el objeto del pasatiempo se llena, aunque solo sea por una noche.

Haremos una aplicación práctica de lo que acabamos de enunciar á la comedia nueva titulada: *La Torre de Babel*, puesta en escena el miércoles último, y á la cual nosotros habríamos deseado se hubiese rehusado el calificativo de *preciosa* que constaba en el anuncio, porque siendo esa una cuestión que únicamente están llamados á debatir el público y la comedia, no es bien que nadie pretenda prejuzgarla con un voto tan decisivo. Una vez ejecutada, ya es otra cosa: cada cual entonces está autorizado para emitir su juicio, á condición, sin embargo, de que presente las razones buenas ó malas en que lo funda.

Si, como el título de la obra lo indica, el autor se ha propuesto presentar una serie de personajes que no se entienden unos á otros, forzoso es confesar que ha logrado ir mucho mas allá de su propó-

sito; pues no solo ha conseguido que aquellos no se entiendan, sino tambien que no los entienda el público. Y nó porque la accion sea embrollada en sí: nada de eso: el embrollo está en la cabeza de los interlocutores.

Lo que pudimos ir cogiendo al vuelo es lo siguiente.

Dña Petra es una viuda que tiene una hija tonta; pero además de esta hija tiene tambien un pleito sobre la posesion de un rebaño de ovejas con un D. Toribio, animal feroz, que viene de Miraflores á decir desvergüenzas y á sacudir trancazos á toda la villa y corte de Madrid. Antes que él, y como agente de varios vecinos de aquel pueblo, habia llegado un D. Valentin, mozo que la dá de trucha y de sagaz, y que despues de haber estafado á sus poderdantes, pretende crearse una posicion independiente pidiendo la mano de la tonta sobre la fé de las ovejas futuras, aunque las tales ovejas no se sabe aun á quien pertenecen.

La madre, que quiere á toda costa soltar la plepa de su estúpida progénie, no pone obstáculo al enlace, aunque bien hubiera preferido el casarla con un D. Juan, abogado sobrino suyo, el que al olor de la manada en ciernes se presenta tambien como candidato.

En estas llega D. Toribio, y trae en su cartera una escritura por la que se prueba que las ovejas son suyas. Valentin, enterado, se llama á cuentas y retira la peticion de la tonta; pero esta, sin que sepamos á qué ni para qué, le saca del bolsillo la cartera que contenia el fatal documento, y la deja sobre una mesa, donde la halla D. Juan, quien á pesar de ser abogado no sabe lo que dice la escritura, y va á preguntárselo á otro.

Entre tanto que va, la niña tonta se empeña en que la ha de robar alguno, y aunque D. Valentin no la quiere, y aunque sabe que ya volaron los carneros, se presta á robarla, por mas que ni él ni nadie adivine el por qué de semejante barbaridad. Todo queda concertado para aquella noche.

El bestia de D. Toribio tambien ha quedado con la criada Brígida en que aquella noche vendrá por ella para llevarla á la verbena, y la moza, fiada en la palabra de casamiento que aquel le da, accede á la escapatoria. De este modo, y á la hora convenida, acuden allí á oscuras los dos galanes y las dos

doncellas, y todos cuatro andan largo rato á tientas, hasta que llaman á la puerta. Es Doña Petra que viene acompañada de su sobrino. En aquel apuro Valentín y Brigada se meten en un cuarto, y en otro la tonta y D. Toribio.

Se advierte para mayor edificacion del público que la escena sigue á oscuras.

Doña Petra no da gran importancia á esa niñería, y pasa al asunto principal, que es el pleito. El abogado á quien el otro abogado llevó la escritura contesta que por ella se vé claro como el agua que las ovejas no son de la tonta, como ni tampoco de D. Toribio, sino que le corresponden á un establecimiento de beneficencia. Todos se encogen de hombros y cae el telon.

Entre los resortes cómicos de pormenor que se ponen en juego en esta produccion, debemos mencionar el organillo y la mona que diversas veces pasan por la calle con gran contento de la estúpida Camila, y el ensayo del drama *D. Juan Tenorio*, con cuya ejecucion quiere la misma sorprender á su mamá. Ya se comprende que nada de esto conduce á otra cosa que á amamarrachar mas y mas la obra, que en verdad no lo necesitaba.

D. Toribio principia con una descripcion de las costumbres de la corte, que habria podido ser algo si no la afeasen ciertos toques demasiado subidos de color. Tambien hay alguna que otra escena de la que pudiera haberse sacado partido, como las penúltima y última del acto tercero; pero el autor las desvirtúa á fuerza de querer exprimir y prensar la situacion para que dé mas jugo del que puede. Así aquella carta, que va pasando de mano en mano para que cada cual lea un párrafo de ella, principia por entretener y acaba por fastidiar.

El señor Sanchez Albarran sostuvo la obra con su talento y su gracia. La jóven Castro estuvo bien, en cuanto su papel se lo permitia. Los demás procuraron esmerarse en sus respectivas partes, y la comedia pasó lo menos mal que pudo; que era cuanto podia exigirse.

La seccion coreográfica sigue recogiendo aplausos. No es de estrañar, teniendo á la Medina y Ambrosio á su frente.

La entrada aquella noche, muy buena. Las esperanzas para lo sucesivo todavia mejores.

En el Principal, despues de algunos dias de *Mackbeth*, ha vuelto á egecutarse *Saffo*. Esta breve interrupcion ha sido muy provechosa, así para la ópera como para la Sra. Peruzzi.

En efecto, digimos en uno de nuestros anteriores números que esta bellísima partitura, algo mas oída y comprendida del público, llegaria á ser la joya de la temporada. El resultado comienza á justificar nuestro aserto. *Saffo* se oye ya con placer, con delicia, y la distinguida *prima donna* que la tiene á su cargo alcanza cada noche nuevas y mas merecidas ovaciones. Estimulada por el aplauso, segura del efecto que produce, fuerte con la conciencia de su gran talento, la Sra. Peruzzi se engrandece de dia en dia en esta ópera. Piezas oídas al principio con cierta frialdad arrancan hoy una explosion de palmadas y de bravos, y si en otros

momentos el público parece menos entusiasmado, no es así en realidad: es que contiene sus manos como contiene hasta su propio aliento para no perder una palabra ni una nota de aquellas tan preciosas, tan sublimemente espresadas.

Merced á *Saffo*, no hay nadie ya en Cádiz que ponga en duda que la Sra. Peruzzi es una gran artista. El mérito acaba siempre por tener razon.

Ya habrán visto nuestros lectores que al fin ha llegado el Sr. Boucardé. Decimos esto, porque nunca ni en ninguna parte faltan páparos que acogen las insinuaciones dictadas frecuentemente por la mala intencion de algunos. Así es que hubo un dia en que abusándose de la credulidad de algunos, se propalaba como segura la especie de que todo era una farsa, puesto que semejante artista no habia sido siquiera contratado. En honor á la verdad diremos que la tal especie era de muy pocos creida; pero no faltaba quien le diese crédito, porque ¿qué es lo que en este mundo no halla quien lo crea por infundado ó absurdo que pueda ser?

Pues bien; precisamente en ese dia en que así se hablaba, el Sr. Boucardé estaba ya dentro de las murallas de Cádiz.

El mentís no pudo venir mas á tiempo.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

NOVELA RUSA.

EL ESPADACHIN.

TRADUCIDO DE J. TOURGUENEFF.

(CONTINUACION).

—Habla pues.

—A la verdad, no sé qué decir.

—Cómo?

—Sí... esa jóven... ¿se llama María, no es cierto?... María, no me parece mal.

—Al fin has dicho algo! murmuró Kister, y guardó silencio.

Cinco dias despues el capitán pidió á su amigo que le acompañara á casa de los Perekatof. Solo no se atrevia á visitarlos. En la ausencia de Teodoro habria tenido que sostener la conversacion y retrocedia ante una tarea semejante.

En esta segunda visita, María no se halló tan cortada y se alegró de no haber hecho ninguna confidencia á su madre.

Antes de comer, Avdiei quiso montar un caballo indómito, y á pesar de los saltos y del brío del fogoso alazan, consiguió dominarle.

Por la tarde se mostró muy alegre y se chancó de un modo insólito; y aunque en breve conoció que debia moderarse, conoció tambien que con lo hecho habia habido suficiente para producir en María una impresion poco grata. La jóven no podia precisar qué sentimiento despertaba en ella; y todo lo que la parecia desagradable en aquel hombre

singular, lo atribuía todavía á la influencia de su desgracia y al aislamiento en que se hallaba sumergido.

V.

Los dos amigos renovaron con frecuencia sus visitas. La situación de Kister se hacía mas penosa cada vez. No se arrepentía de la resolución que había tomado, pero deseaba abreviar lo mas posible el tiempo de la prueba. Su inclinación á la joven crecía por instantes, y María le manifestaba una benevolencia señalada. Pero ser solo un mediador, un confidente y hasta un amigo, era para él un papel difícil y doloroso. Las personas que friamente pueden entusiasmarse, producen hermosas disertaciones sobre la santidad y la grandeza del dolor. Para un corazón sencillo y ardiente como el del joven oficial, el dolor no tenía ningún hechizo.

Un día Lutchkof fué á buscarle para otra de sus visitas ordinarias. Teodoro le respondió que deseaba quedarse en casa. En vano el capitán le suplicó y aun se enfadó con él; Kister pretextó un dolor de cabeza, y Lutchkof debió marcharse solo.

El espadachín estaba muy cambiado; ya no turbaba la tranquilidad de sus compañeros, ni perseguía á los recién entrados en el regimiento. Aunque no estuviese regenerado como Kister pronosticó, se hallaba no obstante mucho mas sereno.

Nunca había merecido ser considerado como un hombre desengañado, pues no había visto ni sentido nada, y así era muy sencillo que la imagen de María le ocupase. Por lo demás no se había ablandado su corazón; únicamente su naturaleza biliosa se había apaciguado.

En cuanto á la joven experimentaba con respecto á él un sentimiento singular. No le miraba nunca á la cara ni podía hablarle. Cuando por casualidad se quedaba sola en su compañía un momento, experimentaba una especie de terror involuntario. Lo miraba como un ser sin igual, se imaginaba que ella no le comprendía, y no le podía inspirar confianza ninguna; pensaba en él con inquietud, con tristeza, pero constantemente.

Por el contrario, la presencia de Kister la agradaba mucho, si bien no la causaba una viva emoción de júbilo; con él podía conversar horas enteras, apoyarse en su brazo como en el de un amigo, mirarle afectuosamente, complacerse en su sonrisa, y sin embargo rara vez pensaba en él. Para ella Lutchkof era un enigma; el carácter de ese hombre taciturno le aparecía como una selva tenebrosa cuyas profundidades deseaba penetrar, así como los niños inclinados sobre el brocal de un pozo quieren ver lo que hay en el fondo de un agua negra é inmóvil.

Al ver á Lutchkof entrar en la sala, María sintió al pronto algo de indefinible, pero luego se alegró de la visita. Pensaba que una explicación entre los dos pondría fin á una situación tan anómala.

El capitán anunció que su amigo estaba indispuesto. Nenila y Sergio se compadecieron de su dolencia, pero María miró á Lutchkof con incredulidad

y esperó impaciente lo que debía suceder.

Después de la comida se encontró sola con Lutchkof. No sabiendo qué hacer se sentó al piano; sus dedos recorrieron con presteza y convulsivamente las teclas de marfil; mas luego se detuvieron, y la joven esperó á que Lutchkof la dirigiera la palabra.

Lutchkof ni comprendía la música ni era aficionado á ella. María le habló de Rossini que comenzaba á estar á la moda, y de Mozart.

Avdiei le respondió con algunas palabras cortadas: Sí... No... Sin duda... Muy bonito.

La joven tocó unas variaciones brillantes sobre un tema de Rossini. Lutchkof escuchaba, y cuando ella se volvió hacia él vió pintado en el rostro del capitán un aburrimiento tan profundo que se levantó y cerró el piano.

Lutchkof continuó en su puesto sin pronunciar una palabra.

—Cómo! exclamó la joven con impaciencia; ¿no quiere ó no puede hablar?

Por su parte el capitán estaba muy cortado. De nuevo se veía subyugado por su desconfianza ordinaria, de nuevo desesperaba de sí mismo.

—El diablo, se decía, me ha puesto á mí en comunicación con esta muchacha.

No obstante, en aquel momento muy fácil habría sido para él interesar á María. Todo lo habría comprendido, todo lo habría perdonado y aceptado de aquel hombre de quien se formaba una idea tan singular.

Pero ante aquel silencio profundo, lágrimas de despecho humedecieron las mejillas de María.

—Si no quiere explicarse, decía, si no sé merecer su confianza, ¿por qué viene aquí tan á menudo? Quizá será preciso que provoque yo las explicaciones.

Y de repente se volvió y clavó en él una mirada tan apremiante, que Lutchkof no pudo continuar callado.

—María Serjeievna, balbuceó, os... tengo una cosa que deciros.

—Hablad, respondió María con presteza.

El capitán arrojó en su derredor una mirada inquieta.

—Ahora no, repuso.

—Y por qué?

—Porque quisiera que estuviésemos solos.

—Solos estamos.

—Sí, pero no aquí.

Esta respuesta ponía en un apuro á la joven.

—No obstante, se dijo, si digo que no, todo está acabado.

La curiosidad perdió á Eva.

—Pues bien, exclamó, acepto.

—Dónde y cuándo?

María reflexionó un instante.

—Mañana por la tarde, contestó; ¿conoceis la selva cerca de Dolguin.

—Detrás del molino?

María hizo una señal afirmativa.

—A qué hora?

—Me esperareis.

No pudo decir mas; su voz estaba como sofocada en su garganta; se puso muy pálida y corrió á su aposento.

Un cuarto de hora despues Perekatof acompañaba al capitán hasta la antesala, y con la cortesía que le era propia, le estrechaba la mano amistosamente, y le decia que volviera pronto.

Despues de esta despedida se retiró á su cuarto, se sentó en el sofá y no tardó en dormirse.

Por la noche Nenila dijo á María:

—Qué pálida estás hoy! Te sientes mala?

—No por cierto.

Nenila arregló el pañolito que llevaba á la garganta.

—Muy pálida estás. Mírame, añadió con ese acento de solicitud maternal en que despunta siempre algo de imperioso. Tus ojos carecen de su frescura ordinaria; ¿te duele algo, María?

—Un poco la cabeza, respondió la jóven por decir algo.

—Ah! Lo adiviné; sin embargo, no siento calor, repuso la madre poniéndole la mano en la frente.

María se bajó á recoger un alfiler del suelo.

Nenila tomó del talle á su hija con mucho cariño.

—Creo que tienes algo que decirme.

María se estremeció.

—No, nada... nada, repuso.

Pero aquel movimiento fugitivo no escapó á los ojos maternales.

—De veras? vamos... reflexiona...

María habia recobrado su serenidad, y en vez de responder, besó la mano de su madre.

—Con que nada tienes que decir?

—Nada.

—Te creo, exclamó Nenila despues de un momento de silencio. Sé que no me ocultarás ninguna cosa ¿no es verdad?

—Seguramente.

Y sin embargo, María no pudo menos de sonrojarse.

—Muy mal estaria en tí el tener secretos conmigo... sabes cuánto te quiero!

—Ah! sí!

—Basta pues. Pero dime, añadió con el tono de una persona que hace una pregunta insignificante: ¿de qué has hablado hoy con Avdiei?

—Con Avdiei? repitió la jóven con frialdad; de nada particular.

—Te agrada?

—No digo que no.

—¿Te acuerdas cuánto deseabas conocerle y qué agitacion te produjo su venida?

María se volvió un poco confusa.

—Es un hombre original! añadió la madre con una bondad calculada.

La jóven quiso defender á Lutchkof, pero supo contenerse á tiempo.

—Muy original efectivamente, añadió con indiferencia; pero tiene buenas cualidades.

—No lo dudo.... ¿por qué no ha venido hoy su amigo?

—Estaba indispuerto... A propósito, Teodoro quiere regalarme un perro... ¿lo permites?

—Que te lo regale?

—Sí.

—Seguramente.

—Gracias, madre mia.

Nenila dió algunos pasos hácia la puerta pero luego se volvió á la jóven y la dijo:

—¿Te acuerdas de la promesa que me has hecho?

—Cuál es?

—La de confesarme tus amores.

—Sí.

—Y todavía no tenemos nada?

María se echó á reir.

—Mírame, la dijo su madre.

La jóven la miró con mucha serenidad.

—No lo creo, no puede ser, se dijo Nenila con mas calma. Me engañaba... ¿de dónde me vino tal idea?... Es una criatura...

Y salió.

—Ay! hago mal, exclamó María.

VI.

Kister estaba ya en la cama cuando Lutchkof entró en su cuarto. Era muy raro que la fisonomía del espadachin no manifestase mas que una emocion; esta vez manifestaba á un tiempo una indiferencia afectada, una alegría grosera, el sentimiento de su superioridad y muchos sentimientos contradictorios.

—Qué noticias hay? preguntó Kister con preseteza.

—Ninguna; los he visto, me han dado expresiones.

—Todos están buenos?

—Sí.

—Preguntaron por qué no te acompañaba yo?

—Creo que sí.

Lutchkof alzó los ojos al techo y se puso á tararear una cancion desafiando mucho. Kister tenia los ojos bajos y meditaba.

—Ah! exclamó el capitán con una voz meliflua, tú eres un hombre instruido, de talento, y sin embargo, permíteme que te diga que te engañas en muchas ocasiones.

—Cómo pues?

—Verbigracia, en tus ideas acerca de las mujeres. Las exaltas demasiado; te gusta leerlas los versos que las preconizan, á tus ojos todas son ángeles... ángeles del cielo.

—Respeto á las mujeres; pero...

—Está bien, está bien, no quiero disputar contigo; yo soy un hombre ordinario.

—Quería decirte que... pero ¿cómo es que precisamente á estas horas te pones á hablar de las mujeres?

—Mis razones tengo para ello, contestó Lutchkof sonriendo con malicia.

Kister le observaba atentamente. En su inocencia se imaginó que María habia quizá afligido y atormentado al capitán como saben hacerlo las mujeres.

—Estás apesadumbrado, pobre amigo mio, le dijo Kister.

Lutchkof soltó una carcajada.

—No tengo motivos para ello, contestó Avdiei.

Y luego añadió con tono de pedagogo:

—Quería sí hacerte notar que te engañas respecto de las mujeres. Todas están cortadas por el mismo patron, y no merecen lo que uno hace por ellas. Ahí tienes á María Perekatova...

—¿Y bien?

Lutchkof dió una patada en el suelo y meneó la cabeza.

—Cualquiera diría que yo estoy dotado de un atractivo particular; nada es menos cierto, y sin embargo tengo una cita para mañana.

Kister se incorporó en su lecho, y miró á su amigo con asombro.

—Para mañana por la tarde cerca de la selva, repuso lentamente Lutchkof. No des á esto mas importancia que yo; la jóven es bonita, eso no es malo; yo no pienso en casarme, sino en distraerme... oiremos cantar los ruiseñores... ¿Qué te parece el caso?

Lutchkof siguió hablando de burla, pero Kister ya no le escuchaba, experimentaba una especie de vértigo, se pasaba la mano por el rostro, pálido como la cera, en tanto que el capitán le observaba guiñando los ojos, columpiándose y extendiéndose en una butaca. Atribuía á celos la emocion de su amigo, y esto le causaba un placer muy grande.

Y sin embargo, lo que afectaba tanto á Teodoro en aquel momento no eran los celos, sino la fria indiferencia, la ironía brutal con que Lutchkof hablaba en aquel instante de la jóven. Seguía con los ojos clavados en el espadachín, y parecía que por primera vez descubría claramente sus facciones. ¡Aquel era el hombre de quien se había ocupado! ¡Por aquel hombre había sacrificado su propia inclinación! ¡Y tal era el resultado del amor!

—Avdiei, preguntó al fin, ¿no me tienes ningun cariño?

—¡Oh inocencia! ¡oh Arcadia! repuso Lutchkof con una sonrisa estúpida.

Sin embargo, el buen Kister resistió aun á esta respuesta.

—Quizás, dijo para sí Lutchkof, afecta, como es costumbre en él, una indiferencia de que carece ya; quizás no ha encontrado aun nuevas palabras para manifestar sus nuevas sensaciones.

Pero ¿no había tambien en la indignacion de Kister un sentimiento oculto? Si le afligia tanto la confesion del capitán, ¿no era porque esa confesion trataba de María? ¿Estaría enamorado de ella el espadachín?.... No, no; esto era imposible. ¡Enamorado aquel hombre de rostro amarillento y bilioso, de movimientos convulsivos, inflamado en aquel iustante por una alegría brutal!... No; de otro modo el jóven oficial habria revelado el secreto de un verdadero amor. En el exceso de su felicidad habria dado un abrazo á su amigo con trasporte, con lágrimas en los ojos.

—¿Qué dices, amigo mio? exclamó Avdiei; el suceso te sorprende y te disgusta; vamos te he robado la princesa.

Kister se volvió en silencio hácia la pared.

—No puedo explicar mis sentimientos á ese hombre, se dijo para sí, porque no los comprendería; me atribuye un pensamiento absurdo, dejémosle.

Avdiei se levantó.

—Veo que tienes deseo de dormir, exclamó con un tono hipócrita; no quiero servirte de estorbo; duermes, amigo mio.

Y salió muy satisfecho.

Kister no podía dormirse; una idea, una sola idea le atormentaba con esa obstinacion bien conocida de los amantes desgraciados.

—Si Lutchkof, se decia, la miraba con indiferencia, si María se ha declarado á él, no debería hablarme de ella con un tono tan despreciativo y tan injurioso. María no es culpable; ¿cómo no he de compadecer á una pobre jóven sin experiencia?... Pero quizás ella misma ha dado la cita.... Lutchkof no miente.... no, nunca ha mentado... será un capricho de jóven... pero no lo conoce, y le pone en el caso de que la ultraje... mañana quizás.... ¿No soy responsable de ello?.... Yo hice su elogio, yo le llevé á esa casa... Por otra parte, ¿cómo podía prever?... Cómo! No es mi amigo?... Qué desengaño! qué lección...

Y la historia de todo lo pasado cruzaba por la mente de Kister.

—Sí, le he querido, se decia; ¿y por qué he cesado tan pronto de quererle?.... ¿Por qué he sido su único amigo?

El alma generosa del buen alemán había cobrado afecto á Lutchkof porque los demás se alejaban de ese hombre insoportable. Pero el cándido Kister ignoraba hasta dónde se extendía su deber.

—Mi deber, se dijo, es prevenir á María. Pero ¿con qué derecho voy á mezclarme en ese asunto, en el amor de otro?... Porque conozco ese amor, porque conozco á Lutchkof... Ay! añadió con amargura, con una naturaleza empedernida... Yo soy el único culpable... yo soy quien he perdido á esa jóven... Buena pareja en verdad!... Qué diablo! soy un egoísta... debo desear su felicidad... ¡Su felicidad!... ¡cuando él se burla de ella!... ¿Cómo es que ha dado lustre á sus bigotes? me parece....

—Ah! cuán ridículo soy!... añadió al cerrar los ojos.

VII.

Al día siguiente por la mañana Kister fué á ver á los Perekatof. Notó al instante un gran cambio en María, y ella observó lo mismo respecto á él. Sin embargo, nada se dijeron, y contra su costumbre pasaron con violencia aquella mañana.

Por medio de alusiones y de equívocos, por medio de consejos afectuosos, Kister quería alcanzar el objeto que se había propuesto; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. María veía con inquietud que la observaba atentamente, y la parecía que no sin intencion pronunciaba ciertas palabras.

Pero en su estado de agitacion creyó engañarse. Descaba que se fuera presto, y á cada instante trataba de hacérselo comprender indirectamente.

Kister veía su turbacion y adivinaba el temor

que experimentaba de tener un testigo en sus amores, y cuanto mas se asustaba por ella, menos osaba hablar de Lutchkof, de quien tampoco hablaba María.

Al mismo tiempo el pobre Kister comenzaba á descifrar con claridad cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Nunca la jóven le habia parecido mas hechicera. Evidentemente no habia dormido en toda la noche; en su rostro pálido se dibujaban unas tintas de color de rosa; su cuerpo se hallaba un poco inclinado, y una sonrisa lánguida erraba sin cesar en sus labios; por momentos un rápido temblor corría por sus hombros de color de nieve; sus ojos se encendían y luego súbitamente se apagaban.

Nenila se sentó junto á Kister, y quizás con intencion le preguntó por su amigo: pero María estaba muy alerta.

—Así se pasó aquella mañana.

—Comereis con nosotros? preguntó Nenila á Kister.

La jóven se volvió con presteza.

—No, respondió Teodoro mirándola, mi servicio.... mis deberes... otro dia será.

Nenila le dijo que lo sentia mucho, y lo mismo manifestó Sergio.

Al pasar al lado de María, Kister tenia intencion de decirla:

—No quiero incomodar á nadie.

Pero en vez de pronunciar estas palabras se inclinó murmurando:

—Sed dichosa... adios... Cuidado!

Y desapareció.

María lanzó un hondo suspiro y se quedó muy asustada. ¿De qué procedía su agitacion? ¿Del amor ó de la curiosidad?... Dios lo sabe. Pero repetirémos que la curiosidad bastó para perder á Eva.

VIII.

Lo que llamaban Dolgui-Lugue era un vasto campo situado en la orilla derecha del Suejeda á corta distancia de la casa de Perekatof. La orilla izquierda cubierta de ruinas bajaba en cuesta hácia el rio, en cuya superficie una crecida cantidad de plantas acuáticas formaban una enramada espesa que ocultaban la corriente, dejando solo á descubierto algunas charcas, donde siempre habia muchas ánades. A media verste del rio á la derecha de Dolgui-Lugue se elevaba una colina llena de avellanos, álamos blancos y otros árboles.

El sol se habia puesto ya. Oíase á lo lejos el ruido del molino, ruido que parecia mas callado ó mas fuerte segun las ráfagas del viento. Los potros de la yeguada señorial andaban sueltos por el llano. Un pastor cantaba junto á sus carneros hambrientos, y los perros corrían tras de los cuervos para divertirse.

Lutchkof se paseaba por el bosque con los brazos cruzados. Su caballo que habia atado á un árbol, piafaba con impaciencia respondiendo á los relinchos de las yeguas.

Avdiei se irritaba segun su costumbre. No es-

tando seguro todavía del amor de la jóven, estaba descontento de ella y de sí mismo; sin embargo, su agitacion dominaba su descontento.

Al cabo se detuvo bajo un avellano y comenzó á dar de latigazos á las hojas. De repente oye un ruido de pasos y vuelve la cabeza; delante de él está María, con el rostro encendido por su marcha rápida, sin guantes, con un sombrero en la cabeza, y un pañuelo blanco anudado de prisa en torno de su cuello.

La jóven bajó los ojos y pareció vacilar un instante.

Avdiei se fué hácia ella, y con una sonrisa forzada murmuró estas palabras con una voz apenas inteligible:

—Cuán dichoso soy!

—Me alegro mucho haberos encontrado, se apresuró á decir la jóven; vengo aquí á pasearme muy á menudo y...

El capitan no la permitió que continuara su inocente mentira, hija de un sentimiento de pudor.

—Creo, repuso con tono grave, que vos misma habeis querido...

—Sí, sí... respondió ella con presteza, deseábais verme... deseábais...

No pudo decir mas y Lutchkof callaba igualmente.

María alzó los ojos con timidez.

—Perdonadme, dijo sin mirarla. Soy un hombre muy sencillo, y no tengo costumbre de hacer declaraciones á las mujeres... yo... deseaba deciros... pero me parece que no estais dispuesta á oirme.

—Hablad.

—Ya que lo exigís... os diré francamente que desde hace mucho tiempo, desde que tengo el honor de conoceros...

Y se interrumpió. María esperaba el fin de su discurso.

—Pero no sé por qué os hablo de esta manera, repuso, nadie puede cambiar su destino.

—Qué destino?

—Lo sé, añadió Avdiei con gravedad; estoy acostumbrado á sufrir sus rigores.

María creyó que en aquel momento el capitan no tenia derecho para quejarse de su suerte.

—Hay buenas almas en el mundo, le dijo ella sonriendo; quizá demasiado buenas...

—Sí, María, me lo recordais con frecuencia, y sé apreciar vuestra bondad... yo... ¿no os enfadareis?

—No; ¿qué quereis decir?

—Quiero decir que me gustais mucho, María, muchísimo...

—Os doy tantas gracias, repuso la jóven confusa y con el corazon oprimido por un sentimiento de espanto; pero, ¿ved ahí qué cuadro tan hermoso!

Y le mostraba la selva velada ya por grandes sombras y alumbrada en otra parte por los últimos rayos del sol.

—Muy hermoso en efecto, murmuró el capitan regocijado interiormente porque le habia interrumpido su declaracion.

Estaba de pié delante de María.

—¿Os gusta la naturaleza? le preguntó de repente mirándole con esa mirada suave, afectuosa y curiosa, que así como el sonido argentino de la voz solo pertenece á las jóvenes.

—La naturaleza... dijo Lutchkof, seguramente... Me gusta pasearme por la tarde, aunque no soy mas que un soldado, ageno al sentimentalismo. Repetía con frecuencia que era soldado.

María seguía contemplando en silencio la pradera y los árboles.

—Qué situación tan particular! se dijo Lutchkof; ¿debo marcharme?... Vamos, ¡qué locura!... ¡Atrevimiento!... Permitidme la curiosidad, dijo con un tono de voz que quería ser alegre; pero desearia saber lo que pensais de mí... si no experimentais tambien alguna cosa...

—¿Qué hombre tan torpe! se dijo María; ¿no sabeis, repuso, que las mujeres no responden jamás de un modo positivo á las preguntas positivas?

—Sin embargo...

—Qué?

—Permitidme, desearia saber...

—¿No es verdad, exclamó la joven, que sois un gran duelista?... Decidme la verdad, añadió con una curiosidad sencilla; se asegura que habeis muerto á mas de un hombre.

—Con efecto, así es, respondió Avdiei con indiferencia atusándose el bigote.

—Y esa es la mano que...

La sangre de Lutchkof comenzaba á encenderse; hacia mas de un cuarto de hora que tenia delante á una joven...

—Señorita, dijo con una voz brusca y dura; ahora conoceis mis sentimientos. ahora sabeis por qué he deseado veros... habeis sido bastante buena para... Decidme pues lo que debo esperar.

María daba vueltas á un clavel entre sus dedos; miró á Avdiei de reojo, se sonrojó y le respondió sonriendo:

—Qué locuras me decís!

Y luego le entregó el clavel. El capitán la tomó la mano y la dijo:

—Con que me amais?

La joven se sintió helada de temor. No pensaba en hacer una confesion al capitán, no sabia siquiera si le amaba, y él la obligaba á declararse... ¿No la comprendia?

Esta idea surgió en la mente de María con la rapidez del rayo. En su inexperiencia no esperaba un desenlace tan vivo. Todo el dia se habia repetido esta pregunta:

—Me ama Lutchkof?

Habíase prometido un paseo agradable con una conversacion respetuosa. Quería coquetear un poco, quería domesticar á un ser tan adusto; quería darle á besar su mano... y en vez de ese juego inocente sintió de súbito en sus mejillas los labios ardientes del espadachín.

—Sed dichosa, le decia; no hay mas que una felicidad en este mundo.

María espantada retrocedió, y pálida y temblorosa se apoyó en un árbol.

Avdiei se quedó cortado.

—Perdonadme, murmuró adelantándose hacia ella; á fe mia no pensaba...

María le miró fijamente sin poder desplegar sus labios. Una sonrisa desagradable erraba por los labios del capitán, y unas manchas rojas teñían su rostro.

—Qué temeis? exclamó; entre nosotros todo está permitido.

María guardaba silencio.

—Vamos, ¡qué tontería! basta ya.

Y al decir esto la tendió la mano; la joven se acordó de la recomendacion de Kister:

—Cuidado!

Se moria de miedo. No obstante, tuvo fuerzas para gritar con voz muy clara:

—¡Tanincha!

De uno de los grupos de avellanos salió de repente una robusta doncella.

Avdiei se estremeció: María, tranquilizada por la presencia de su criada, no se movía de su puesto; pero el espadachín temblaba de cólera; sus ojos echaban chispas, sus puños se cerraban, y al cabo soltó una risa convulsiva.

—Bravo! Bravo! exclamó; perfectamente, nada hay que decir á eso.

La joven se habia quedado estupefacta.

—Veo, repuso, que habeis tomado vuestras precauciones. La prudencia me gusta, y todas las mujeres saben emplearla oportunamente. Las jóvenes de nuestros dias son mas astutas que los viejos. ¡Bonito es vuestro amor!

—No sé, exclamó María, quien os ha dado derecho para hablarme de amor.

—Quién? vos misma.

Conocia que se iba perdiendo cada vez mas, pero no podia contenerse.

—He obrado con aturdimiento, dijo María; he cedido al deseo que me manifestásteis, pero contaba con vuestra *delicadeza*.

Avdiei se puso pálido. La joven acababa de herirle en lo vivo.

—Comprendo, exclamó, que habeis querido burlaros de mí...

—No por cierto, al contrario, os compadezco...

—No me habeis de vuestra compasion, respondió Lutchkof encolerizado, para nada la necesito.

—Caballero!

—No tomeis ese aire de princesa, es un trabajo inútil, no conseguireis intimidarme.

María dió con presteza algunos pasos atrás y se retiró:

Avdiei perdía la cabeza.

—¿Debo decir que venga á vuestro pastorcillo Kister?... ¿Será ese buen amigo quien os advirtió?...

María no le respondió nada y se alejó asustada todavía, pero alegre. La parecia que se despertaba de un sueño penoso, que renacia al sol y al aire libre.

Avdiei, presa de una especie de delirio, echó algunas miradas inquietas en torno suyo, rompió furioso una rama y luego se lanzó á su caballo y le dió de espuelas con tal vigor que el pobre animal,

después de haber andado ocho werstes en un cuarto de hora, estuvo á punto de perecer aquella noche.

Hasta muy tarde Kister esperó en vano al capitán.

A la otra mañana muy temprano se fue á su casa, pero el criado le dijo que su amo estaba durmiendo, y que había prohibido que entrase nadie en su cuarto.

—¿Pero no ha preguntado por mí? exclamó Kister.

—No, respondió el criado.

Kister muy inquieto dió algunos paseos por las calles, y al fin se volvió á su casa. Su asistente le entregó una carta.

—De dónde viene esta carta? le preguntó.

—De la aldea de Perekatof.

Kister sintió que temblaban sus manos.

—Os envían mil expresiones, repuso el asistente, y esperan la repuesta. ¿Doy una copa de aguardiente al mensajero?

Kister abrió la carta y leyó lo que sigue:

"Querido Teodoro Teodorovitch, necesito veros al instante. Venid hoy mismo, si podeis. Por Dios, acceded á mi súplica, en nombre de nuestra antigua amistad. Si supiérais..., pero todo lo sabreis..."

"Hasta luego.

"MARIA.

"P. D. Venid hoy sin falta."

—¿Con que me permitis que dé una copa de aguardiente al mensajero? repitió el asistente.

Kister, absorto en sus ideas, miró á su criado y no le respondió. El asistente salió y dijo al que había traído la carta:

—Mi amo me ha mandado que te dé una copa de aguardiente y que beba yo otra contigo.

IX.

Cuando Kister entró en la sala de Perekatof, María le recibió con una fisonomía tan risueña y tan franca, le estrechó la mano con tal amistad, que el jóven sintió que su corazón se dilataba en una emoción de alegría.

Pero sin pronunciar una palabra María salió un instante después.

Sergio, sentado en el sofá, entabló la conversación; pero apenas había comenzado á enumerar, siguiendo su costumbre, las buenas cualidades de su perro, cuando María volvió á presentarse con un cinturón de color, un cinturón que le gustaba mucho á Kister.

Enilia entró al mismo tiempo y manifestó á Teodoro una viva satisfacción por su visita.

La comida fué muy alegre. Sergio, un poco animado, principió á contar una de las calaveradas de su juventud, cosa que no hacía jamás sin volver la cabeza, temiendo tropezar con la mirada de su esposa.

—Vamos á pasearnos, dijo María á Kister des-

pues de comer con esa voz insinuante á que no se resiste. Necesito hablaros de cosas graves, muy graves, añadió con un tono solemne, mientras se ponía sus guantes de Suecia. Mamá, ¿venís con nosotros?

(Se continuará.)

ANUNCIO.

Almanak Profético para el año de 1861.

Acaba de salir á luz esta curiosa publicación, y como las de los años anteriores, se halla de venta en la imprenta de la *Revista Médica*, plaza de la Constitución núm. 11, al ínfimo precio de 6 rvn. Los Sres. Suscritores á nuestro periódico que radiquen fuera de esta ciudad y deseen obtenerlo, podrán adquirirlo al mismo precio de venta aquí, dirigiéndose al Administrador de LA MODA, remitiendo su importe en libranza de tesorería ó sellos de franqueo.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

En tierra agena la vaca al buey acornea.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la *Revista Médica* á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución número 11.

